LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

UNA CALAMIDAD PÚBLICA.

Para servir á Dios y á Vds., yo soy un quidam de cuarenta años. Bien conozco que esta noticia no está en la categoría de las interesantes, porque su importancia, si alguna tiene, se refiere solamente á mi individuo, y yo me precio de individuo que ya no puede interesar si no por sus doblones. Pero el decir mi edad secamente y sin que nadie me pregunte *cuantos años tengo*, sirve para participar á Vds. que soy anteindependientino, esto es, anterior á la guerra de la independencia. Apenas abrí los ojos, apareció esta señora con todo su aparato de perfidias, de heroicidades, de destrucciones y de miserias. Los buenos de los españoles se daban de cachiporrazos con los monsieures y andaba una tremolina de todos los satanases. Tenia yo un padre que dió en la manía de ser buen español, manía que le valió el envidiable derecho de pasearse por espacio de cinco meses ora á lo largo, ora á lo ancho y á veces diagonalmente por el cuadrilongo pavimento de un fementido calabozo, propiedad absoluta de cierto castillo célebre por las bombas que arroja cuando menos falta hacen. Desde aquel calabozo salió huyendo como el Señor le dió á entender, y la prole detrás: comimos el pan sin sal, no amargo, de la emigracion; no en el peñasco de nuestros amiguitos los ingleses, ni en la tierra que tales huéspedes nos enviaba para echarnos de casa, sino en la bienaventurada isla de Mallorca, á cuyos habitantes debia alzarse un monumento, no por su hospitalidad ni por otras muchísimas virtudes que los esclarecen, sino por que tienen el buen sentido de gastar *ab initio* unos magníficos calzonazos, que me rio yo de la tierra de Astorga. Seis años de guerra de independencia fué un comienzo mas que regular para un chicuelo apenas salido del cascaron; en fin, aquellos pasaron como pasan tantas otras cosas, haciendo un mal aquí, un bien allá, sacudiendo un coscorron á este, levantando á aquel un par de varas del suelo, llenando á unos, enjugando y esprimiendo á otros, entre ayes, lamentos, risas, soponcios, cadalsos, fusilamientos, y demas alharacas peculiares de los tiempos escepcionales, que desde entonces comenzaron á llover como granizada de verano, para hacer una verdadera escepcion de la regla general.

Pasaron, como digo, los susodichos seis años, y en pos de ellos se coló un caballero muy sério diciendo que lo habíamos hecho como unos gerifaltes; pero que en ciertas bromas representativas nos habíamos escedido, y que aquello no valia, y que vuelta á empezar, y que conocia ciertos pícaros, y que era forzoso perseguirlos, y que los habia de dos clases, unos anaranjados y otros de color de grana. Los tales comenzaron la desfilada, porque tenian en grande estima la integridad de sus tragaderos y no era cosa de menguarla en un átomo por todo el oro del mundo, cuanto menos por una causa en que el estómago no tenia arte ni parte. Torna, pues, á cargar con los trastos al hombro, y á salto de mata plantarse en la tierra clásica de la cerbeza y del rom, sin saber ni una chispa de *inglés*, ni poseer *mas blanca* que la cara, el que no la gastaba trigueña, que eramos los mas. Entonces hubo aquello de patatas á montones, sin mas guiso que el olor de algun biftek ageno; porque propios, ni por las nubes. Otros seis años de broma y van doce: para mí diez y ocho y pico, que tantos contaba.

A renglon seguido, vuelta á casa: el horizonte se aclaraba y se oia en las Cabezas un grito que

© Biblioteca Nacional de España

hubiera sido de salvacion á encontrar cabezas que lo encaminaran al bien; y gastamos cuatro años menos pico, disputando y llamándonos bribones los unos á los otros, y armando una algarabía que ni para contada es. Vino un tercero en discordia hijo de un santo segun decian, y nos pacificó á su modo que no habia mas que apetecer. Fué preciso, para que fuera la paz completa, poner pies en polvorosa, buscando una tierra amiga que cargase con nuestra miseria. Hallámosla, gracias al Cielo, y por allá nos estuvimos dos lustros clásicos, oliendo á cada instante la frontera que nos daba soberbios papirotazos en la naríz, como si nos dijera: *oste que retejan.* Los diez y ocho de la cuenta vieja, mas los trece de la nueva, forman salvo error la suma de treinta y un años, deliciosamente invertidos en dimes y diretes, en ir de aquí para allá como alma de Garibay, en aprender idiomas y no aprender á tener sentido comun, y en otras fruslerías de hambres, enfermedades, privaciones y demas entretenimientos tan sabrosos como yo me sé.

Pues señor, tercera vez á casa para comenzar el mismo ejercicio: que si tú eres verde, que si yo soy azul; que si tu mascas á dos carrillos, que si yo no como mas que con medio; que si han de ser dos grados menos, que si han de ser dos grados mas; que manden ahora los mios, que los tuyos harto mandaron. Y en pos de esta barahunda, se sopló de rondon una señora de muy dulce trato llamada *guerra civil*, que traia un escudero conocido por el nombre de *Cólera-morbo*, y una doncella de labor apellidada *no hay pagas*, y un page á quien oí poner el apodo de *Incendio*, y un lacayo de uñas muy largas, nombrado si no me engaña la memoria *Saqueo* y otros tales individuos físicos y morales tan apetecibles como estos, formando entre todos una comitiva, que era cosa de chuparse los dedos. Pasó tambien aquello que nos entretuvo deliciosamente por espacio de siete añitos horros, como suele decirse, para desensebar. Y van treinta y ocho cabales.

Luego todo quedó como balsa de aceite, salvas algunas leves escepciones de motines, pronunciamientos y otras zarandajas que constituyen el pebre de nuestra envidiable existencia; como cesantías, escáustraciones, Dios nos dé que dar etc. De este trajin van ya dos años, indispensables para la suma total de aquellos cuarenta, que, en el primer renglon dije á Vds. ser pintiparados los que se han ido acumulando en mi individuo, desde que tuve el honor de pertenecer á la honrada familia humana.

Creo que basta este sucinto relato para que Vds. se sirvan computar los quilates de la felicidad que he disfrutado en esta vida desde que la recibí. Pues bien; este cúmulo de calamidades que ora inflamaban mi corazon juvenil de patriótico entusiasmo, ora postraban mi espíritu arrebatando á la esperanza las ilusiones del porvenir, ora exaltaban mi bilis con los desaciertos de los gobernantes y la estulticia de los gobernados, ora me llenaban de terror porque los consideraba preludio de la social disolucion; estas calamidades repito, son un átomo imperceptible, una molécula impalpable, un casi nada comparadas con otra afliccion que me abruma sin descanso, que dia y noche me sojuzga: que amenaza acabar con la especie humana, si no se trata de pensar sériamente en su destruccion. Los horrores de la guerra, las discordias civiles, los odios políticos, las epidemias, los motines, las no-pagas, los privilegios esclusivos de empleos, las emigraciones, tienen un término: ó pasan ellos, ó se acaba el individuo que los padece, ó acaban ellos con él. Pero un daño que lento y á la sordina va minando las sociedades, porque conspira contra la constitucion física y material de la raza humana, porque cada vez se enseñorea mas de la voluntad general, que no suele estar unánime sino en lo que atañe á producir el mal de todos, este daño es mas temible y aflige mas el ánimo, en cuanto no se le vé el fin, á no obrar la providencia alguno de aquellos raros prodigios que estremecen por su magnitud y trastornan la faz de las cosas por su inmensa influencia, dejando á los siglos honda memoria para escarmiento y correccion de las edades.

Esta calamidad son las trabillas.

Que uno inventase el toro de bronce para asar paulatinamente á sus enemigos, que el otro para despachar pronto millares de ellos, sin gastar pólvora, diese á luz la ingeniosa guillotina; que el de mas allá, para acabar con uno solo pero muy grande y poderoso, se armase de un fusil de veinte cartuchos; esto se comprende facilmente, porque está en la índole de las venganzas Pero que un sastre, en mal hora nacido, tuviese la espantosa ocurrencia de adicionar el pantalon con las trabillas, martirizando á toda la raza europea y llevando su mortificacion hasta los confines polares, descargando sus iras en millones de inocentes que ni siquiera le conocian mas que para servirle, es el colmo de la barbarie, es el refinamiento de la crueldad.

Hágame V. el favor de irse á su casa á mudarse el calzado en un dia parecido á cualquiera de los deleitosos con que acaban de regalarnos los meses de febrero y marzo del corriente año. Quiere V. quitarse las botas? Poco á poco: em-

© Biblioteca Nacional de España

piece V. por desabotonar el chaleco, luego los tirantes: bájese V. las bragas y comience V. el tira que tira de la embarrada bota unida al pantalon

mas que la yedra al olmo, y quédese V. en camison, cual otro don Quijote en Sierra Morena, muerto de frio y contemplando impasible la especie de pelele que el susodicho pantalon forma con las mencionadas botas; y si no tiene V. otro, lo cual es muy probable, emprenda V. la maniobra de desprenderlo de ellas, á riesgo de hacerlo giras y poniéndose las manos hechas una gloria, si carece V. de criado, como es muy presumible. En esta complicada operacion, llevada felizmente á término en unos veinte minutos de reloj, si no es V. torpe, que será un milagro; y luciendo las escuálidas pantorrillas, si se precia V. de elegante, se ha desesperado V., se le ha pasado la hora de la cita, ha cogido un catarro y se verá precisado á hacer cama, si la tiene, y á llamar al médico para que le cure, si quiere venir y sabe curar. ¿Y todo este trastorno por qué? Por que á un sastre, que Dios confunda, se le antojó inventar las trabillas.

Sírvase V. bajarse de repente á recoger el pulido abanico que se le cayó á la dama de sus amores: rrrás! rásgase el pantalon en línea horizontal por la parte prepóstera, lanzando á los aires un tafanario mas negro que la pez ó un pedazo de camisa, salpicado ó sin salpicar, con celages ó nubarrones segun disponga su buena ó mala fortuna. Sírvase V. en seguida tragar á mares la saliva, al oir la risita disfrazada de compasion con que recibe el empavesamiento de sus malhadados pantalones la misma belleza, ante la cual preferiria V. mil muertes al bochorno que tan en ridículo le pone. Despídase V. para ir á mudarse, en el caso problemático de poseer una reserva, abandonando tal vez el campo á un rival feliz que es hombre de pantalon á prueba de abanicos caidos. La dama puede enfriarse de contado y V. pierde un buen lance ó una decente colocacion, solo porque un sastre á quien ningun daño ha hecho, tuvo la humorada de construir pantalones con notas y comentarios para perdicion del género humano.

Y no hablo de aquella tirantez que afecta el estado normal de las rodillas, si V. tiene que permanecer sentado mucho tiempo; que obstruye la circulacion de la sangre estendiendo su tiránico dominio hasta los hombros, por la traidora simpatía que egerce en los tirantes, atrabillando todo el cuerpo en sentido vertical, so pena de presentar una figura grotesca y destartalada, si se decide V. á usar con su cuerpo la punible condescendencia de aflojarlo de sus pesadas cadenas. Y tampoco miento el peligro de encontrarse el dia menos pensado con una joroba incipiente, si por desgracia ha padecido V. de raquitis y es V. tan esclavo del buen parecer y del pantalon tirante, que á ellos sacrifique, no solo el bien estar de su cuerpo y la dulce tranquilidad de su alma, sino hasta el porvenir de su columna vertebral y la constitutiva colocacion de sus homoplatos. Y no recuerdo la pésima figura que hará V. cuando por un descuido de su sastre, salte la costura de la trabilla y ande V. luciendo sendos colgajos á cada uno de los dos lados del pié, á guisa de remos de barca ó como dos barrederas que desentonadamente suben y bajan al echar el paso, denigrando su merecida fama de hombre *comme il faut* y arrastrándole acaso al suicidio; porque el que no se mata cuando se le rompe una trabilla, carece de sentido comun.

Basta ya que no pretendo horrorizar á los lectores de la RISA. El hombre filantrópico que se sienta con ánimo suficiente para hacer un sacrificio sublime emancipando á la sociedad entera del mas insufrible de los yugos, merecerá mejor del género humano que todos esos que se llaman grandes hombres, porque descubrieron mundos, ensancharon el dominio de las ciencias, conquistaron imperios, sujetaron naciones. ¿Y porque lo hicieron? Por que en sus tiempos no se gastaban trabillas; que á gastarse, á su estirpacion hubieran dedicado todos sus conatos y no llorara la humanidad los horrores que solo deben atribuirse á la franquicia de su pantalon en todas

© Biblioteca Nacional de España

las situaciones de la vida. Oh! sí, yo lo vaticino: vendrá ese dia feliz en que un genio magnífico desterrará esta calamidad de la superficie de la tierra: vendrá ese dia, pero tal vez para nosotros no; porque somos muy pertinaces en las modas necias y tan necios de todos modos, que nos llamamos libres cuanto mayor es nuestra esclavitud; no hay esclavitud mayor que las trabillas.

JULIAN MANZANO.

LETRILLA.

Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Luisa; aun siendo á posta
mas rica que casta,
y aunque triunfa y gasta
del amante á costa;
Jura que ni pizca
chupa del querido,
y en mirar torcido
dice que no es vizca.
Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Tiene un ama hermosa
mi vecino el cura;
y aunque el mundo jura
que es del amo esposa.
Siempre él ha querido
convencer taimado
de que no es casado
porque no es marido.
Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Pepa, luz del cielo
de Avapiés aborto,
de refajo certo,
y ancho terciopelo:
Persuadirme anhela,
con demente chola,
de que no es manola
porque no es Manuela.
Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Otro Juan no miras
si andas los dos mundos:
cada diez segundos
cuenta mil mentiras.
Y pretende fiero
de cualquiera modo
que le llamen todo
menos embustero.
Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

La melosa Blasa
de ojos rutilantes,
pródiga en amantes
y en amor escasa.
La que á ciento espeta
que por cien se muere,
convencerme quiere
de que no es coqueta.
Pero yo pregunto
la manteca, es unto?

Todos de mil modos
faltas cometemos
y pasar queremos
por modelos todos.
Si del mundo el eco
porque no le atice
malicioso dice
que si yo no peco:
Ya varío el asunto,
ya nada pregunto,
que respondo al punto
la manteca es unto.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

UNA CITA.

Romance.

Maruja la castañera
delicia del Avapiés,
la niña de rompe y rasga...
la de la morena tez,

© Biblioteca Nacional de España

pelo y ojos de azabache
y boquita de clavel,
con su mantilla caida
iba solita y á pié,
luciendo el aire de taco
y meneando el aquel
á la plaza de los toros
como quien busca un gaché.
Acercósele atrevido
un gaznápiro francés
y la dijo: «Señorrita
puede mi andar con vosté?»
—«No soy Rita, caballero»
le contestó con desden
Maruja al estranjerito,
«y si busca su mercé
compañia, á la otra puerta,
que ya tiene este bagel
su piloto y con él solo
navega: lo entiende usted?—
—Mi l'istima á vosté mucho.»—
—«Que me lastima? No á fé.»—
—«Mi istima. Ne comprensd pas?»—
—«Comprar pan? Dígole pues
que es muy propio el regalejo
para los toros! Mi bien,
vengan algunos munises....
Ea! afloje su mercé
siquiera para el billete.»—
—«¡*O mon enfant!* mi querer
andar contigo á tu casa.»—
—«Venga acá un duro y dempues
daré á usted las señas de ella,
so franchute. —Toma diez
francos. ¿Estar tu contienta?
—«Y Dios se lo pague á usted.»—
—«Ma cuando tener la dicha
de estar cuntos una vez?»
—«Oígame usted al oido
y las señas le daré
de mi casa, y por la noche
nos volveremos á ver.»—
Dióle en secreto las señas,
y quedóse mi francés
saltando de puro gozo
por el inmenso placer
que ansiaba; para las doce
sin duda la cita fué,
y á las once y cuarto mi hombre,
arrimado á una pared
de un callejon sin salida,
ya estaba aguardando en pié
que diese el reloj las doce
para abrazar á su bien.
Mas precisamente entonces
en el callejon aquel,
los carros de Sabatini
sacaban yo no sé qué
que no era agua de colonia
ni era esencia de clavel;
manos faltábanle y dedos
al desgraciado francés
para salvar sus narices
de aquel martirio cruel.
Suenan las doce y mi hombre
llama en el número tres,
pero nadie le responde.
Qué será? Llama otra vez
y otras ciento; todo inútil.
Eso es que duerme mi bien,
se dijo para sí mismo
el estranjero cortés,
y fuese á sentar enfrente
lleno de amor y de fé.
El cielo estaba nublado
y empezaba ya á llover:
pero mi hombre siempre firme
aguantóse allí, pardiez,
que el amor que es verdadero
todo lo sabe vencer.

Era por el mes de enero
que es el placentero mes
en que á los gatos les duelen
las muelas no sé porqué.
Y hacia un frio horroroso....
y comenzaban á caer

© Biblioteca Nacional de España

enormes copos de nieve,
pero mi pobre francés
siempre firme, y aguardando
que empezase á amanecer
por ver si al salir la aurora
aparecia tambien
la diosa á quien adoraba
con la mayor candidez.
Abrese por fin la puerta
de la calle.... ¡qué placer!
y corre mi enamorado,
y sube de tres en tres
los escalones, y llega
á la puerta de su bien.
Llama con voz temblorosa
y abren al fin, pero en vez
de premiar amor tan fino....
pif! le dan un puntapié,

que son amables las niñas
del barrio del Avapies.
y este premio darle suelen
al amor constante y fiel.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

LAS TERTULIAS.

ARTICULO PRIMERO.

En una noche larga como la esperanza de un pobre, fria como amor de vieja y tempestuosa como fiesta de bodegon: de aquellas noches de invierno en que el acompasado sonsonete de las goteras, el bramido del cierzo que zumba en las calles, silba en las rendijas y empuja obstinadamente á las puertas y ventanas como ladron inesperto ó como impaciente enamorado; cuando el cólera y el tífus y el bubon y todas las pestes que viven del calor, como el camaleon del aire, andan no por los cerros de Ubeda sino por los cerros de Africa, donde los rayos del sol caen perpendiculares á la tierra poniendo la atmósfera á una temperatura capaz de encender los fósforos de algunos fosforeros de Madrid que han acertado á resolver un problema tan dificil como es el hacer un todo incombustible, compuesto de ingredientes ó partes combustibles; cuando no tenemos por que temer las susodichas pestes contagiosas, pero á cada paso nos vemos espuestos á ser presa de un constipado ó tarbadillo que nos haga abrir la boca y cerrar el ojo (como quien guiña para despedirse del mundo, que es el peor de los guiños y la mas mala de las despedidas) la higiene aconseja á no respirar el ambiente helado de las calles, y la necesidad de entretener el ocio obliga á mendigar una racion de silla y un ladito de brasero en la amable compañia de un honrado vecino, donde pasar alegremente las horas que median entre las cinco y media, las seis, seis y media, cuando mas las siete, á todo tirar las ocho hasta las once de la noche, hora invariable, por que menos seria demasiado poco, y mas sacaria á la reunion del gremio de las tertulias de brasero para elevarla á las regiones del *soirée* de chimenea traspirenáica, baraja en mesa y botella en ristre.

El cuarto principal donde por lo regular vive la gente mas acomodada, y que por esta razon es la mas incomodada por la vecindad, viene á constituir el centro ó antro, y si se quiere club de la familiaridad vecinal, hospedando las tres ó cuatro mencionadas horas á la modista y discípulas del cuarto bajo, al empleado en loterias (con toda la familiota por supuesto) del cuarto segundo, y sucesivamente á toda la humanidad *sin tacha* que duerme bajo un mismo caballete y comparte con los demas una pieza de paso comun que es la escalera.

Los primeros dias de tertulia son variados y entretenidos sin mas que las eternas vulgaridades de «¡qué temporal tan perro! El calendario da lluvias en Capricornio.... No, pues falta hacia, por que los malditos tahoneros están poniendo el pan en las nubes» y contar la aplicacion del niño mimado de la casa que deletrea regularmente á los diez años de vida y cinco de colejio, ó en las agudezas de las señoritas presentes, en lo cual las madres tienen singular empeño y complacencia. Una dice ¡Jesus! mi chica tiene unas manos divinas para el plegado.—Y es milagro que no dice tambien para echar pollos.—Otra esclama «calle V. por Dios si la mia, todita, todita ha salido á mi. ¡Qué talento el suyo! dá unas puntadas y hace unos pespuntes que la maestra está estupefacta.» Otra no teniendo primores que celebrar en su ojito derecho, encomia su docilidad, su virtud, que parece que en su vida ha róto un puchero, todos han sido platos. ¿Los hombres para ella? esclama, no los puede atravesar.» En este instante está la doncella haciendo una seña al doncello de enfrente que viene á decir «Mi madre no sabe de la misa la media, usted vale un Perú.»—Háblase luego de las mamás, y las señoritas corresponden á los obsequios recibidos. «Yo tengo el genio vivo; pero en sabiéndome llevar»... «Es una malva» contesta la hija: el padre niega con la cabeza sin chistar palabra.» Mi marido, dice otra, tiene buen sueldo; pero á no ser por mi administracion no habia para zapatos.» La hija aprueba el dictámen; el padre no le aprueba porque necesita algunas enmiendas.

© Biblioteca Nacional de España

Resulta pues, que las mamás agotan todas las gracias, todas las perfecciones, de modo que cuando llega el turno á los papás, que siempre los papás son el postre de la comida, nada bueno queda que decir mas que «mi marido es un angel, un bendito, un bonachon, un pobre hombre»; lo cual si á los ojos de ellas y ellos es una circunstancia recomendable, á los ojos mios es un insulto desvergonzado. Hay gran diferencia de un hombre pobre á un pobre hombre. El primero es el que carece de medios, alias recursos, vulgo bienes de fortuna, por otro nombre pesetas, y esta es una calamidad horrible en una sociedad metalizada como la nuestra: el segundo, *el pobre hombre*, por otro nombre *alma de Dios*, vulgo bendito, alias bonachon, es lo que yo llamo un alma de cántaro; que es el hombre que dotado por la naturaleza de todas las cualidades y propiedades de marica solo se diferencia de los niños en que ha crecido mas que ellos, y de las mugeres en el trage y en las barbas. Un pobre hombre es un corderito cuando soltero, y un carnerito cuando se casa; nunca pisa la calle sin pedir permiso á la muger quien le prescribe el itinerario y tiempo de camino, interrogándole á su vuelta como reo de alta traicion ante el tribunal que ha de juzgarle. Cuando vuelva á casa no ha de haber comprado botas, ni chaleco, ni pantalones, aunque le hagan falta; pero cuide de no volverse sin un ferroñé, una sombrillita ó unos zapatitos de tabinete para la esposa; porque cuando las mugeres dicen: justicia y no por mi casa, no admiten otra ley que la del embudo.

Lo cierto es que de los elogios que las mugeres prodigan á sus maridos, ni aun siquiera puede decirse lo que del ungüento blanco, que ni mata ni sana; son halagos de erizo que sangra cuando acaricia, y no obstante, ellos los oyen con gran satisfaccion, y entre estas y las otras dan las diez y los vecinos aun conservan aquella compostura y quiescibilidad de rigurosa etiqueta. Se ha hablado de todos y han salido á relucir las habilidades de cada prójimo, y ninguno las ha manifestado, sin embargo de que cada uno está rabiando por lucirse. El niñito de la casa porque le inciten á la lectura, cuando se habla de pintura, todo se le vuelve decir si tiene un Caton en pasta y un Fleuri muy bonito encuadernado á la holandesa, y antes que el niño atraiga la atencion general, ya están las mocitas de la reunion hablando de los estudios de Aguado, si tocan la guitarra, y de los de Sobejano si tocan el piano. No hace falta mas que un atrevido diga: vamos, cante usted, fulanita, y en esto siempre la mamá se lleva la delantera, y la niña hace como que no quiere, y quiere porque se va acercando al instrumento del mismo modo que los médicos dicen, «gracias, yo no lo hago por interés», cuando se están guardando la propina. La guitarra en tales casas suele andar por debajo de alguna mesa ó encima de un armario, mas empolvada que un labrador cuando limpia. Las clavijas ó han desaparecido, ó se han suplido algunas con mangos de cuchara que á lo mejor se resbalan y el concierto se queda á buenas noches. Las cuerdas rara vez están cabales, por lo regular falta la prima, y cuando de las seis no han quedado mas que dos ya se sabe cual son; el bordon cuarto y el sesto, que seria menester para utilizarla la aparicion de un Paganini, guitarrista. Acerquemos pues, nuestra muchacha al piano, suponiendo que le haya en la casa, que siempre estará mas útil que la guitarra, bien que por lo destemplado y viejo semeje á una carraca. Como es muy posible que la niña toque mal y cante peor, es forzoso disculparla diciendo: «está constipada, ha tenido una ronquera estos dias que á no ser por unas pastillas y unas friegas que se la han dado, amen de unas gárgaras á tiempo, no sabemos adonde hubiera llegado. Si toca mal se disculpa con estar atacada de los nervios ó con haber sufrido dos sangrías y dos docenas de sanguijuelas en el brazo derecho. Cuanto mas gorda es la mentira hace mas sensacion y casi casi enternece á los oyentes. La música no es nueva; pero eso no importa: los padres tienen buena salida con decir: nosotros como todos los viejos odiamos las cosas del dia; chica, toca, toca el wals de Elisa y Claudio y el Mambrú se fué á la guerra, ó canta la Atala, el Gerineldo y la triste Corina. Y no es maravilloso que esto se cante en el dia sino que haya quien lo oiga por primera vez, que todo es verosimil. Acábase la cancion, dan cuatro palmadas los circunstantes y once campanadas el reloj de la sala que suele ser cosa de gusto, como que tiene muñecos que bailan y un cuquito que sale de vez en cuando á decir *cu cu cu*, y empieza á desfilar la tropa para acurrucarse cada mochuelo en su olivo.

La despedida es una de las cosas menos espuestas al vaiven de las innovaciones sociales. Cámbiase de gobiernos, cámbiase de costumbres, cámbiase de trages: hasta el idioma esperimenta de un año para otro visibles alteraciones; pero lo que es la despedida, Dios guarde á V. muchos años. Lo mismo nos despedimos nosotros que nuestros padres; estos imitaron á los suyos y creo yo que desde Adan hasta el dia del juicio la fórmula de despedida habrá sido un molde herméticamente adaptado á las exigencias de todas las generaciones. «Señóra á los pies de V.»—Caballero, beso á V. la mano.» Aunque mucho deban decirse y mucho tengan que decirse, viene bien un «nada tengo que decir á V., esta casa es suya» (y para sí la quisiera muchas veces el que la ofrece). Los vecinos ya se sabe. «Lo mismo digo, en el cuarto.... tiene V. su casa; si en algo puede V. disponer de nuestra inutilidad (no es malo el sastre que conoce el paño) puede mandarnos sin ceremonia. Mire V. nosotros somos muy francos y sencillos, como que yo soy natural de la Alcarria.» —Buena miel! dice la señora de la casa que es algo golosa.—Y mi muger, continúa el vecino, se ha criado en Villalon, como si dijéramos, el riñon de Castilla la Vieja. La señora no sabe donde cae Villalon pero la gusta mucho el queso que viene de allí, y despues de darse las manos los caballeros y un beso en cada carrillo las señoras y decir abur, abur, que ustedes descansen, á la puerta de la escalera, se ha concluido la primera noche y el primer artículo de *tertulia*.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

ALCALDIA VEGETAL DEL AMBIGU.

Habiéndose denunciado ante el Sr. alcalde primero D. Rábano Calabazas, por el promotor fiscal D. Nabo Remolacha (á instancia del ciudadano Villergas), en concepto de sediciosa la oda titulada *La judía resentida*, inserta en el núm. 2.° de *La Risa*, que empieza «Nada mas santo y justo» y concluye «¡Muera Villergas pues! ¡viva Asquerino!» verificóse el sorteo de los jueces de hecho que con arreglo á la ley habian de componer el jurado de acusacion, y tocó á los señores siguientes: don Guisante Chirivia, don Espárrago Acelga, don Garbanzo Lenteja, don Ajo Cebolla, don Repollo Brecolera, don Pimiento Escarola, don Tomate Coliflor, don Berro Acedera y don Peregil Yerba-buena, quienes por seis votos contra tres, declararon haber lugar á la formacion de causa.

© Biblioteca Nacional de España

AMBIGÚ.

Reglas que se han de observar en la mesa, y arte de trinchar y servir.

(Conclusion.)

9.° Partiráse la espalda de arriba abajo á lonjas, la espaldilla al hilo y por costillas; la pechuga quitado el pellejo, que es muy sabroso, divídase por costillas.

10. En toda cabeza de cuadrúpedos algo grandes, los ojos y orejas se regalan; los sesos en pedazos para quien guste, y en ruedas chicas lengua, carrillos etc.

11. El jamon caliente ó frio siempre se parte al través y en rajas delgadas, la espalda, lomo y espaldilla como el carnero.

12. La pierna de carnero, ternera ó cabrito se parte á lonjas,

13. En el javalí, corzo, lechoncillo, y en todo cuadrúpedo pequeño, se corta la cabeza y las orejas; divídese por la mitad, córtase el muslo y la espalda izquierda, despues el muslo y espalda derecha; levántese el pellejo de lo restante, y pártase para quien guste; divídase en dos partes el espinazo, y se sirve en pedacitos, siendo muy sabrosos los del pescuezo, costillas y piernas.

14. El pavo, gallina, paloma, pichones, pollos y aves, se tienen firmes con el trinchante, y apoyándolas con el cuchillo: cojeráse con aquel lo grueso del muslo izquierdo, cortando el nervio que le une, y tirando con el tenedor por la izquierda, despues el alon por la coyuntura, hágase lo mismo por la derecha: el estómago, esqueleto y rabadilla en dos partes, y si fuere pavo, la ubre se servirá en pedazos aparte, y la pechuga á lo largo, y luego en pedazos al través, dejando el esqueleto solo.

15. Cuando estas aves son muy tiernas, divídanse en dos partes á lo largo, y se sirven: el pedazo de la rabadilla es regalo de cariño: tambien las perdices se trinchan asi; pero mayor obsequio gastronómico es dar á cada uno un pájaro ó dos si son pequeños.

16. La cerceta, ánade y toda ave de agua se dividirá en lonjas; los lados del estómago en primer lugar, y despues los muslos y alones.

17. Los conejos y liebres se partirán á lo largo desde el cuello, dividiendo en dos el espinazo: se sacan los lomitos, y se cortan al través en pedazos pequeños.

18. Se trinchan los pescados con la cuchara á no necesitarse el cuchillo para la cabeza, del cual se usa para hacer rebanadas la anguila; advirtiendo que la perca, dorada y bacalao se cortan al hilo del espinazo, que es lo mas carnoso y delicado, y luego en trozos: la lamprea, barbota y pescados menores se harán con la cuchara dos ó tres pedazos al través, prefiriendo lo que está mas cerca de las aletas.

19. Para las ensaladas hay varios aderezos: anchoas, aceitunas, huevos duros, ajo, yerba buena, cebolla, ensalada real, ensalada favorita, ensalada capuchina etc.; pero en todas se dice que se necesitan que concurran cuatro personas; un *pródigo* para el aceite, un *avaro* para el vinagre, un *prudente* para la sal, y un *tonto* para menearla; y los que son mas aficionados á las tajadas que á las yerbas añaden: «y un *burro* para comerla.»

20. En las pastas grandes y calientes como las tortas, empanadas y rellenos, si la tapa no está sobrepuesta, se dá un corte alrededor, se pasa á otro plato y se sirve de adentro, y despues la pasta al que guste.

21. Los pasteles de crema, almendras, frutas ó dulces se ofrecen sin partir si son pequeños, y en pedazos desde el medio á la circunferencia si son grandes.

22. En los postres se repartirán los melones en rebanadas á lo largo, y las sandías en círculo. Las peras, manzanas, melocotones y naranjas se cojerán con un tenedor pequeño ó punzon, y mondadas de alto á bajo de modo que quede colgando la cáscara, se partirán á pedazos á lo largo y se sirven con la punta del cuchillo.

23. El café se sirve en tazas ó grandes jícaras con sus platillos y cucharitas, echando de la cafetera tanto café, cuanto baste para estar casi llena la taza, si se ha de mezclar leche hasta derramarse bien en el plato; y tomando la cuchara general se echará el azúcar que guste, ó se servirá á las señoras y caballeros de carácter ó segundará si quisieren; llenando despues de los licores las copas, se irán alargando á cada uno de los que pidan.

24. Usará de los palillos mondadientes y enjuage de la boca, segun la costumbre de la mesa manteniendo siempre la compostura, decencia y oportunidad en todo; con cuyas cualidades y la exacta observancia de todos los preceptos anteriores de la gastronomía, disfrutarán los que sigan este sistema salutífero de los placeres de la mesa y los disfrutarán celebrándolos con los encantos de la poesía festiva, y siendo al mismo tiempo las delicias de la sociedad.

NOTA. El próximo número contendrá un romance del Sr. Breton de los Herreros, titulado *la Niñez*, una oda á los garbanzos por el Sr. Alvarez Miranda, otra composicion del Sr. Villergas ó Ayguals de Izco, y el *Ambigú* con los retratos de nuestro habilísimo cocinero y su digna colaboradora que empezarán sus sabrosísimas tareas. Ademas de esta caricatura habrá otras del mejor gusto. Inmediatamente verán la luz otras composiciones de los Sres. Príncipe, Zorrilla y Hartzenbusch.

Los suscritores de las provincias que se han suscrito por cuatro entregas deben no olvidar la renovacion si no quieren sufrir atraso en la recepcion de los números.

Los Sres. comisionados tendrán la bondad de no retardar los avisos procurando dirigir los pedidos al director de la *Sociedad Literaria*, calle de S. Roque, núm. 4, y no á otros establecimientos como equivocadamente lo hacen algunos.

IMPORTANTE.

Habiéndose observado que algunos periódicos han dejado de recomendar el segundo número de *la Risa*, se les perdona por esta vez; pero cuiden de no reincidir, porque sentirán el enorme peso de nuestra inexorable justicia ante los tribunales del Ambigú.

Madrid.—1843.
Imprenta de la Sociedad Literaria.

© Biblioteca Nacional de España